

DE LAS CAUSAS

DE NUESTROS ERRORES.

LA primera necesidad, así como el primer bien del hombre, es la verdad. Si señores, verdad en la religion, que al mismo tiempo que nos da ideas sublimes y puras de la Divinidad, nos enseña á rendirle homenages dignos de ella: verdad en la moral, que prescribe á todas las clases sus deberes sin rigor ni debilidad: verdad en la política, que haciendo á las autoridades mas justas, y á los súbditos mas sumisos, liberta á los gobiernos de las pasiones de la multitud, y á la multitud de la tiranía de los gobiernos: verdad en los tribunales, que hace temblar el vicio, da seguridad á la inocencia, y saca triunfante la justicia: verdad en la educacion, que hermanando los preceptos con la conducta, hace que los maestros sean al mismo tiempo los modelos y los directores de la infancia y de

la juventud: verdad en las letras y en las artes, que las preserva del contagio del mal gusto, del falso ornato, y de las falsas opiniones: verdad en el comercio de la vida, que desterrando de él la impostura y el fraude, afianza la seguridad general: verdad en todo, y ántes de todo; he aquí á lo que se dirigen los deseos mas secretos del corazon humano. ¡Tal es el convencimiento de los pueblos acerca de la utilidad de la verdad, y de los perjuicios de la mentira. En efecto, cuando las verdaderas doctrinas se enseñan por todas partes, y penetran los corazones influyendo en todas las clases de la sociedad, si no contienen todos los desordenes, atajan á lo ménos una gran parte de ellos; y siendo un gérmen fecundo de sentimientos generosos y acciones virtuosas, dan á conocer que la verdad es para el cuerpo social un principio de vida; pero si al contrario llega el error á dominar en puntos esenciales á los entendimientos, y principalmente á los de aquellos que por su posicion sirven de guias y modelos á los demas: los extravía y arroja por derrumbaderos; y corrompiendo los pensamientos, los sentimientos y las acciones, llega á ser un principio de dissolution y de muerte.

¡Pero qué choque de opiniones opuestas particularmente desde un siglo á esta parte! ¡Qué

multitud de sistemas destruidos por otros sistemas! Qué infinidad de paradojas escandalosas! Sin embargo, al paso que la historia religiosa, política y literaria de la Francia no presenta, hace cien años, mas que la guerra de todos los errores contra todas las verdades, sostenida primero con la pluma y despues con la espada, de que resultó la destruccion aparente de la religion y de la monarquía por algun tiempo, es digno de observarse que todos los combatientes, así el sectario como el ortodoxo, el sofista como el filósofo, el impío como el cristiano, y el demagogo como el defensor del trono, todos hacian alarde de seguir las banderas de la verdad; de modo que aun los que peleaban contra ella se hubieran considerado vencidos, si hubieran llegado á confesar que seguian las del error.

Pero ¿en qué consiste que á pesar de este amor secreto á la verdad que se encuentra en el corazon de todos, esté tan extendido el error, y extravie tan frecuentemente al sabio lo mismo que al vulgo? ¿No podremos ascender hasta las causas de nuestros errores, y llegarlos á conocer para libertarnos de su influencia? Yo no diré que señalando los escollos en que se estrella la razon humana, podrán prevenirse todos sus naufragios; pero acaso se evitarán muchos; y este pensamiento, y aun esta esperanza me

han inspirado el designio de hablaros hoy de las causas comunes de nuestros errores.

Estas causas son la debilidad de la razon, la ignorancia, los conocimientos imperfectos, la ciencia misma, la aplicacion falsa de los diversos principios de verdad, la preocupacion, la curiosidad escesiva y las pasiones.

Hablemos primeramente de la debilidad de la razon. Colocado, digámoslo así, el hombre entre el ser y la nada, presenta por las facultades de su alma algunos rasgos de semejanza con su divino autor; pero al mismo tiempo se resiente de las imperfecciones y de la miseria de todo lo criado: está dotado de entendimiento, pero su inteligencia es limitada; y aunque no le sea imposible conocer la verdad, no le es concedido verlo y conocerlo todo: en vano murmura su orgullo contra los límites de la razon; jamas podrá salvarlos; y tan imposible le es formarse un entendimiento infinito como hacer que su cuerpo sea inmortal. ¿Y qué extraño es que no siendo infinito esté sujeto á errores de los que algunos son tan solo una consecuencia natural de la debilidad del entendimiento? Mas no por esto nos abandonemos á un cobarde abatimiento, y sirva solamente esta confesion para inspirarnos una justa desconfianza de nosotros mismos.

Si señores, por mas que supongamos reunidos en una misma persona el talento mas perspicaz, el corazon mas recto y la mas vasta instruccion, nunca será mas que un hombre, un ser de facultades limitadas; tendrá sí el poder de combinar los objetos, de compararlos y darles un verdadero valor para evitar el error en sus juicios; pero esta misma facultad que constituye su mas noble prerogativa, descubre al mismo tiempo su debilidad. Si se exceptuan algunas primeras verdades que ilustran el entendimiento con su propia luz, como el sol hierre los ojos con el brillo de sus rayos, jamas ve los objetos de una sola ojeada, y en la mayor parte de sus conocimientos solo puede llegar á la verdad por medio de multiplicadas combinaciones, de esfuerzos penosos, y de un largo círculo de racionios. En este trabajo basta un solo descuido, y un solo momento de olvido ó de letargo de su razon, para que, aun sin que él lo advierta, se introduzca el error en los resultados: ni el ingenio ni la buena fe bastan para precaverle de toda ilusion, y tan imposible es al hombre ponerse á cubierto de todo error, como vivir exento de toda falta. ¿Cuál es en efecto el sabio crítico que no se haya engañado algunas veces en los pormenores de sus narraciones históricas, por exacto y escrupuloso

que haya sido? ¿Cuál el magistrado, por mas ilustrado y recto que se le suponga, que al llegar al término de una honrosa carrera pueda estar seguro de haber seguido siempre en sus fallos la rigurosa verdad? En todo está condenado el hombre á pagar tributo á la debilidad de su naturaleza: es un mal imposible de curar del todo, y cuyo único remedio es procurar ilustrarse mas y mas sobre cuanto está obligado á saber, fortificar la razon por medio de la reflexion y la experiencia, y precaverse siempre contra toda ilusion: por lo demas digamos, para consuelo de la débil humanidad, que los errores verdaderamente involuntarios no son criminales á los ojos de la soberana justicia.

No solo es limitado el entendimiento del hombre en aquello que conoce y está expuesto á concebir ideas inexactas, incompletas y aun falsas, sino que hay una multitud de cosas que ignora enteramente: la ciencia es como un campo inmenso que el cielo confia á nuestros cuidados y á nuestro trabajo, en algunos parages produce frutos sin cultura; pero en la mayor parte el hombre le fecunda únicamente con el sudor de su rostro, y jamas uno solo podrá desmontarle todo. ¿Y cómo podremos juzgar con acierto de lo que no conocemos? Fijemos la vista en el vulgo, y advertiremos que ignorando

los secretos resortes de la naturaleza, las leyes físicas que mantienen la armonía en el mundo, la causa de los fenómenos celestes y de las maravillas que asombran sus ojos, y faltar del estudio necesario para ilustrarse en estas materias; puede por lo mismo ser en ellas el juguete de los sentidos y de la imaginación, y atribuir lo que ve al influjo de causas extravagantes, de que nacen las opiniones ridículas y aun supersticiosas: ¡y cuántos hay que teniéndose por ingenios brillantes son un verdadero vulgo en su modo de juzgar, y sin embargo hablan decididamente sobre lo que ignoran! Los hombres universales son muy raros; y si puede un gran poeta ignorar los secretos de las ciencias sublimes, y ser enteramente extraño á un geómetra el conocimiento del corazón humano, ¿qué maravilla será que caiga el hombre en mil extravíos lanzándose fuera de la esfera de sus conocimientos? Juzgue cada uno solamente de lo que conoce; tengamos la prudencia de suspender nuestro juicio sobre lo incierto, y desaparecerán la mayor parte de opiniones falsas. Esta reflexión nos conduce á la tercera causa de nuestros errores, á saber, lo incompleto de nuestros conocimientos.

Nada hay mas general que ciertos talentos que, contentándose con un estudio superficial y

vago, todo lo tocan ligeramente sin profundizar nada; y cuando deberían ser muy reservados y modestos, deciden de todo con un tono magistral y resuelto. Una de las mas incurables manías de los que se tienen por sabios y de brillante ingenio, es querer saberlo todo, y erigirse en doctores, aun en lo que solo conocen á medias; y de aquí ha procedido de un siglo á esta parte ese diluvio de sistemas en materias de moral, de política y de educación, capaces de trastornar al mundo entero: de estos mismos, dice Pascal en el título XIX de sus *Pensamientos*: „Que tienen alguna tintura de la ciencia, se hacen los entendidos, turban al mundo y juzgan de todo peor que los demás.” Una ignorancia juiciosa vale mas que un saber presuntuoso: el hombre cuerdo conoce su debilidad, se la dice á sí mismo y desconfía, al paso que un sabio á medias se envanece por lo que sabe, se arroga una instrucción de que carece; y sin tener aquella prudente detención que inspira el buen juicio, ni las luces que da una ciencia profunda, se entrega á los falsos brillos de su imaginación, y se extravía. No es ciertamente el mas ignorante aquel que nada sabe, sino aquel que sin saber cree saber; de lo que provienen las mas funestas y ridículas pretensiones. ¿Cómo podré yo, señores, con una ligera tintura de

las humanidades arrogarme el derecho de juzgar de los antiguos y de los modernos, como podria hacerlo el más profundo literato; y con solo un ligero estudio de las leyes creirme jurisconsulto tan consumado como Domat y D'Aguesseau? ¿Cabe esto en un hombre juicio. so? ¿Y no me pareceria yo á aquel que estando al pié de la montaña creyese disfrutar de un horizonte tan dilatado como el que se halla en su cumbre? Juzgad ahora vosotros mismos del concepto que merecen esos entendimientos temerarios, que sin conocer la religion mas que por pinturas falsas, y vanamente confiados en algunos antiguos argumentos que tienen por descubrimientos nuevos, se toman la libertad de combatir el cristianismo, y se exponen á calumniarle sin conocerle. ¿Cómo se atreven á decidir á favor de la incredulidad y contra la religion, con solo un escaso conocimiento de ella, de sus fundamentos, de su doctrina y de su historia? ¿Querria nadie conducirse con tan lastimosa ligereza en los negocios en que se interesasen el honor, la vida y la fortuna?

La cuarta clase de nuestros errores es á veces la misma ciencia. ¡Felices por lo general aquellos cuya memoria enriquecida por un largo estudio es como una mina inagotable de que pueden sacar tesoros siempre nuevos! Cuando

un juicio sólido y un talento de temple superior dirijan la erudicion, producirá obras apreciables; pero la misma erudicion podrá ser para el talento débil una carga que, digámoslo así, le abrume. No basta poseer un caudal de conocimientos: es preciso que el entendimiento tenga la fuerza necesaria para soportarlos, y bastante penetracion para discernirlos todos, y saber darles su justo valor. Sin esto existirán sí los materiales, pero no el arquitecto capaz de formar de ellos la obra. La ciencia sin el juicio solamente servirá para extraviar al que la posea, para ofuscarle y deslumbrarle con mil resplandores opuestos, de modo que no acierte á discernir la verdadera. Así como ha habido excelentes gramáticos que no han pasado de escritores medianos, hemos visto tambien grandes eruditos, que han sido críticos muy débiles, y han caido en errores pueriles, porque su juicio no estaba al nivel de su memoria; y engolfándose en un laberinto sin fin no han tenido el hilo conductor que los dirigiese. Solo de este modo puede concebirse cómo el famoso Padre Hardouin, uno de los hombres mas sabios que se han conocido, ha caido en extravios que han excitado lástima y risa; y cómo á su imitacion, y aun excediéndole, han caido otros eruditos de nuestros dias en sus discursos acerca del-di-

vino Fundador del cristianismo, en errores todavía mas ridículos, y por desgracia mas funestos.

Paso á la quinta causa de nuestros errores, que es la mala aplicacion de los principios de verdad. El entendimiento humano se ejercita en diversas clases de conocimientos, y extiende su dominio no ménos al mundo intelectual que al físico; por todas partes busca la verdad, y solo créese poseerla cuando se siente herido de una luz tan viva y tan penetrante que no puede evitarla: esta convicción íntima del entendimiento es lo que en mi opinion llamamos certeza; pero es preciso que observemos que cada clase de conocimientos tiene tambien su clase particular de prueba; me explicaré. Que un niño, por ejemplo, debe amar á su madre, que en Italia existe una ciudad que se llama Roma, y que la circunferencia de un círculo es tres veces mayor que su diámetro, son tres cosas igualmente ciertas para nosotros; de modo que seria una proposicion irritante y contraria al sentido comun, decir que es cierto que la circunferencia es tres veces el diámetro, pero que es solo verosímil que exista Roma, y nada mas que probable que un hijo deba amar á su madre. Nuestra convicción es la misma, é igual nuestra certeza sobre estos tres puntos; pero

los medios de producirla en nuestra alma son del todo diferentes; pues no probamos el deber de la piedad filial por el cálculo, la existencia de la ciudad de Roma por el sentimiento, ni las proporciones del diámetro á la circunferencia por el testimonio humano: cuidemos pues de no aplicar á una clase de conocimientos la clase de pruebas que no le sean propias, y no busquemos las operaciones geométricas en objetos que no sean susceptibles de ellas. Todo el mundo créese en la existencia de Enrique IV, en la de Carlo-Magno y de César tan firmemente, como se puede creer en una proposicion de Euclides, y sin embargo no se adquiere el convencimiento de estos hechos históricos por demostraciones geométricas. Pascal ha observado que la geometría se funda en principios de una evidencia palpable; pero que hay cosas mas sutiles y mas delicadas, que se sienten mas que se ven, y que seria una ridiculez tratar geoméricamente. Cuantas veces quiera un algebrista aplicar su ciencia á las cosas de puro sentimiento, de gusto y de autoridad, á la moral ó á la historia; el literato y verdadero crítico se burlará de sus vanas teorías, como él mismo tendria derecho de burlarse del que quisiese resolver sus problemas por las reglas de la moral: diré sin embargo, aunque de paso, que todas las ciencias

humanas se refieren á una ciencia primitiva, á saber, la de los principios ó la metafísica, y que solo se llega á las verdades geométricas pasando por otras verdades anteriores, cuyo sentimiento existe en todos los entendimientos; de modo que la certeza de aquellas supone ya la certeza de estas; por lo cual los que han asegurado que nada hay cierto mas que las matemáticas, no sabian lo que han dicho.

Estamos, señores, en la sexta causa de nuestros errores, la preocupacion. Hay personas de tal modo dominadas por ciertas ideas que les son peculiares y que miran como un descubrimiento propio, que llegan á ser como inaccesibles á cualquier otro pensamiento; absorbiéndose en ellas de tal modo sus facultades, que parece que no les queda para las demas sentimiento ni inteligencia: esta es una especie de obcecacion del entendimiento. Si alguna vez se ocupan de materias diferentes de aquellas que son el objeto exclusivo de sus afecciones, siempre es con distraccion, sin aplicarse, y sin capacidad para penetrar otras proporciones mas recónditas, y ciertos visos mas delicados que importa mucho percibir: de aquí provienen las nociones imperfectas que son el origen de los juicios errados. ¡Y hasta qué punto no puede extraviarse la razon, si se une á esta preo-

cupacion el espíritu de sistema? Generalmente se inclina el hombre sabio á la formacion de teorías generales en la investigacion de las causas segundas que rigen el mundo físico y moral, y muy frecuentemente suele crearlas ántes de haber reunido y comprobado el suficiente número de observaciones. Dispuesto ya de este modo el entendimiento, se obstina en su opinion; la hace objeto de su gloria hasta infatuarse con ella; ve solamente lo que la favorece sin hacer caso de cuanto haya en contrario, y acomoda los hechos á su sistema, no su sistema á los hechos. De este modo quiere que la experiencia, los monumentos, y hasta el racionio sirvan á sus ideas favoritas; y hé aquí lo que ha producido tantos sueños políticos, que debiendo hacer la felicidad del género humano, no han sido mas que su espanto y su azote, como igualmente todas esas novelas acerca de la naturaleza, que se ha intentado hacer pasar por su historia.

Es preciso observar, señores, que los objetos en que se fija nuestra vista se nos presentan bajo diferentes aspectos: y que una de las mayores faltas que se pueden cometer es no examinarlos bajo de todos ellos con la mas detenida atencion, como que de su conjunto depende la exactitud del juicio que hemos de formar de ellos

En las cosas humanas, por ejemplo, en lo relativo á las formas de gobierno, á las instituciones, á las leyes y á los negocios de la vida civil, todo tiene sus ventajas y sus inconvenientes: el que solo mira las primeras, se expone á tomar el partido mas funesto; y tal vez abandona el mas útil aquel que no considera mas que los segundos. ¿Qué hace, pues, en este caso el hombre prudente para escoger con acierto? Pesa en la balanza de la equidad los inconvenientes y las ventajas; no se deja deslumbrar de estas, ni intimidar de aquellos, y así puede decidirse con alguna seguridad.

Pongamos algunos ejemplos de las diversas preocupaciones del entendimiento. Observa un publicista la influencia de los climas en el temperamento, en la organizacion, en los hábitos físicos, y por consecuencia en el carácter, las costumbres y las leyes: impresionado de esta idea, procura profundizarla, y por último forma de ella un sistema. Ya está preocupado, y no advierte ó no quiere advertir hasta qué punto pueden la religion y la educacinn, la política, el comercio y las conquistas, modificar, alterar ó borrar del todo aquellas primeras disposiciones; y queriendo explicarlo todo, tanto las virtudes como los vicios de los pueblos, por la influencia de los climas, cae en un extremo; y la observa-

cion que contenida en unos justos límites es una verdad muy útil, se convierte en una paradoja, por llevarla demasiado adelante.

Tal moralista atiende solo á la letra y al rigor de la ley, mira las cosas en la especulativa y no en la práctica; y sin miramiento alguno á la fragilidad humana, sin atender á las circunstancias de la edad, del temperamento y del engaño, que pueden templar la regla en su aplicacion, cae en un rigorismo que desanimando al culpable, será mas funesto acaso que las opiniones mas laxas.

De aquí provinieron tantas y tan raras opiniones bajo el reinado de Luis XIV, el mas hermoso de la monarquía, y que si no sobrepuja, iguala á lo ménos las mas bellas épocas del talento humano. Despues de las disensiones de una minoridad borrascosa, Luis por último es rey, y no cesa de serlo hasta el sepulcro. ¡Qué serie de maravillas presenta su reinado! Para el bien de sus pueblos protege la religion, perfecciona las leyes, arregla los principales ramos de la administracion pública por medio de reglamentos que aun admiramos hoy, hace florecer las ciencias, las letras y las artes; da extension al comercio; mantiene en todas partes la justicia, el órden y la paz, y durante su reinado brillan los mejores oradores, poetas, sabios, filó-

sofos, magistrados, capitanes y los mas ilustres ministros de la iglesia que cuenta la Francia. Añade Luis seis provincias á su reino, cubre sus fronteras de plazas fuertes, sienta á su nieto en el trono de España, y sostiene en su vejez con una magnanimidad extraordinaria los esfuerzos de la Europa conjurada. Por este príncipe llegó la gloria del nombre frances hasta los confines del mundo, y por él la Francia ejerció una especie de supremacia de entendimiento y de ingenio sobre la Europa, que aun se deja percibir despues de un siglo, y despues de tantos desastres. ¡Qué reinado, y cuántos derechos á la pública admiración! No han sido desconocidos estos títulos por hombres, cuyos homenages estan exentos de sospecha, y que tenian demasiado talento para insultar al siglo del ingenio; hablo de Montesquieu, de Voltaire y Federico. ¿Pero cómo piensan hoy los entendimientos preocupados con nuestras ideas modernas? Acusan á Luis XIV por no haber reinado segun ciertas formas y miras que no eran las de su siglo, y declaman violentamente contra algunos errores de política, extravíos de ambicion y faltas personales de que tuvo bastante valor para reprenderse á sí mismo. Mas cuando ni un simple particular está exento de tachas en el manejo de sus negocios do-

mésticos, ¿por qué se exige que no haya una siquiera en un reinado de sesenta años de gloria y de prosperidad? ¿Hay en esto equidad? Pero ¿qué pueden contra él los clamores de la mediocridad? La vana detraction pasa, y la gloria permanece. Luis dió para siempre su nombre al siglo en que vivió, y la posteridad seguirá llamándole *el siglo de Luis XIV*, como dice despues de dos mil años *el siglo de Augusto*. Yo me lisonjeo de haber tenido esta ocasion solemne de vengar la memoria de Luis XIV; y por el modo con que mis palabras han sido acogidas, veo que vuestros corazones son franceses como el mio.

Debo, señores, en séptimo lugar preveniros contra el espíritu de curiosidad. Es tan grande defecto en el raciocinio llevarle adelante en demasiada, que la señal de un buen juicio es saberse contener y poner un freno á aquella curiosidad soberbia que quisiera salir fuera de sus limites. Ansioso de ciencia el entendimiento, se irrita contra los obstáculos que se oponen á su debilidad, y quiere vencerlos; pero si alguna vez es feliz su audacia, se precipita otras muchas en las regiones de la mentira; pues no es dado al hombre en la tierra gozar de una luz perfecta, y nuestros conocimientos van siempre mezclados con alguna obscuridad. Por tanto, cuan-

do el entendimiento ha llegado á recibir la impresion de pruebas convincentes y luminosas, debe contentarse; y aunque no pueda verlo todo con la misma claridad, no debe desconocer la verdad porque se le presente envuelta en algunas nubes: es una regla fundamental de todo raciocinio no abandonar una proposicion bien sentada porque se presenten aun algunas dificultades que no se puedan resolver con toda claridad. La razon tiene cierta intemperancia así como el corazon, y el hombre juicioso debe precaverse contra una y otra sensualidad. Algunos ejemplos aclararán mas mi pensamiento. La recta razon y la fe de todo el género humano nos dicen que existe la materia, ó un mundo corpóreo fuera de nosotros: una inclinacion irresistible nos obliga á creerlo; de modo que el asegurar que este universo puede ser tan solo una perpetua fantasmagoría, es opinion loca, contra la cual reclamará siempre un sentimiento mas fuerte que todos los sofismas. ¿Pero qué ha sucedido á pesar de esto? Vino Mallebranche y nos aseguró que Dios tiene suficiente poder para afectar nuestras almas, aun cuando no hubiese cuerpos, como si realmente existiesen, y para hacernos experimentar sin ellos las mismas sensaciones que sentimos por su medio; de donde infirió que la existencia de

la materia, no está demostrada por sola la razon. Barclely, yendo aun mas adelante, observó que las cualidades mas esenciales de la materia no son fijas, y que la extension de un mismo cuerpo parece unas veces mayor, y otras menor; é infiriendo de aquí que esta es una cualidad que solo existe en nuestra imaginacion, así como las visiones de un sueño, decidió que la materia es una cosa imposible. ¿Y de qué provienen estas doctas locuras? De que arrastrados estos dos metafisicos por la sutileza de su entendimiento, fecundo en argumentos, desecharon las reglas del sentido comun, que no lo es tanto como parece, y abandonando el pais de la verdad divagaron por la region de las quimeras.

Otro ejemplo: la razon, el sentimiento y la ley del género humano, el universo entero, nos hablan de una suprema inteligencia; pero queriéndose indagar de qué modo existe, cuál es su naturaleza y cómo se combinan las perfecciones divinas, se intentó penetrar lo impenetrable, comprender lo incomprendible; y el resultado es sofocar el buen sentido á fuerza de sutilezas, y aparentar luego no creer en Dios. Goza un hombre tranquilamente de la claridad del sol y bendice su dulce influjo; pero de repente se empaña en mirar de hito en hito su disco resplan-

deciente; sus ojos demasiado débiles para sufrir tanta luz, se ofuscan y queda ciego; y entónces maldice su resplandor lleno de un furor impotente. Esta misma es la imágen del ateo que blasfema de la Magestad divina, cuyo inmenso peso abruma su debilidad.

He aquí, señores, lo que mas importa entender bien. Inútil es advertirme que esté alerta contra las ilusiones de los sentidos y de la imaginacion, contra el abuso de las palabras y los equívocos del language: inútil seria haber estudiado las operaciones de la analisis y de la synthesis, haber aprendido á ordenar y encadenar mis ideas, á ligar las consecuencias con los principios y á descubrir los vicios que suelen contenerse en el raciocinio; é inútil seria meditar las obras de Aristóteles, de Descartes, de Locke y de Condillac: de nada me servirá todo esto, si extraviado por las pasiones les doy el lugar de la razon: ellas tienen una lógica insidiosa que inutiliza todas las reglas de la lógica comun. El último siglo ha sido la época de la analisis, y tambien la de los errores mas monstruosos: para dejarse sentir la verdad requiere tanto un corazon recto como un entendimiento ilustrado; pues las luces sin buena fe no sirven de nada. Se ha dicho que el orador es un hombre de bien que posee el don de la palabra; y del mismo

modo pudiera añadirse que el lógico es un hombre de bien que posee el arte de raciocinar con exactitud.

Las pasiones, señores, son en efecto como una nube que oscurece la inteligencia, y se pone entre la razon y la verdad: las pasiones perturban y agitan el alma, y le hacen perder aquella atencion fija, aquella rectitud é imparcialidad severa, que nos preservan de la ilusion y del error. La codicia, el orgullo y el deleite son los tres manantiales de la mayor parte de las extravagancias de los hombres en las cosas mas importantes de la vida.

Digo la codicia, porque es la mas ciega de todas las pasiones, y la mas fecunda tanto en opiniones erróneas, como en acciones injustas: la experiencia lo comprueba. Supóngase que nos consultan sobre un negocio en que no tenemos parte, ni toca en nada á nuestros intereses: desde luego verémos las cosas como son en sí, sin preocupacion ni apasionamiento, y el dictámen que demos será, si no infalible, á lo ménos dictado por el amor sincero de la verdad. Pero tratase de una cosa que nos interese: naturalmente somos propensos á inclinar la balanza á nuestro favor; nos hacemos ingeniosos para hallar pretextos y sutilezas que nuestra imaginacion nos pinta como razones; y de aquí trae

su origen la máxima popular de que *nadie debe ser juez en su propia causa*. Entónces se nos figuran fácilmente realidades las simples apariencias, y al cabo nos dejamos llevar de ilusiones, que podrian pasar por sinceras si tuviesen un origen mas noble que el interes personal.

Ademas, ¿de dónde nacen tantas disputas ruidosas en los tribunales, tantos pleitos instaurados ó sostenidos por la mala fe? Yo bien sé que hay cuestiones delicadas sobre las cuales pueden estar discordes los hombres mas íntegros y doctos; pero confesemos tambien que si la codicia no pusiese una venda en los ojos de los interesados, desaparecería la mayor parte de las desavenencias que desconciertan ó arruinan las familias. No sirve fijar el mejor derecho por medio de una discusion exacta, sólida y luminosa: todos se convencerán, excepto aquel á quien se intenta persuadir, y para quien la evidencia ha perdido toda su fuerza y claridad; pues el interes personal es como un espejo engañoso que aumenta nuestros derechos al paso que disminuye los de nuestros semejantes. Es tal el apego con que se identifica el hombre en cierta manera á lo que posee, y de tal modo cree existir en los objetos de que goza, que para apartarle de ellos es menester casi arrancárselos: por esto se vale

de mil pretextos para conservarlos, y así el interes falsifica en algun modo la regla de equidad y de verdad que nos ha dado la naturaleza.

No es el orgullo un enemigo ménos peligroso de la verdad: naturalmente se ama el hombre á sí mismo; pero este sentimiento legítimo ó por mejor decir necesario, degenera fácilmente en exceso; y de aquí provienen aquella afición ciega á las opiniones y producciones de su entendimiento, aquellas ilusiones que le hacen ver bellezas en donde todo el mundo ve defectos, y le inducen á considerar como efecto de la envidia ó del odio la censura mas benigna y juiciosa. El orgullo nos excita á querer dominar los ánimos y mandar hasta en los pensamientos: por él despreciamos los conocimientos agenos, la autoridad de los sabios y de la experiencia, y preferimos extraviarnos yendo solos, á seguir el camino trazado por la sabiduría: por el orgullo queremos con preferencia á todo formarnos una reputacion y distinguirnos de la multitud; de modo que movidos mas por el deseo de fama que por el amor á la verdad, nos apasionamos de brillantes mentiras con tal que puedan conducirnos á la celebridad. El orgullo inventa las paradojas, las propaga y defiende con una terquedad irreducible; y así produce el espíritu de secta y de

partido que tantas veces ha plagado el mundo de discordias y disputas sangrientas. A veces principia el error por una opinion aventurada ó un temerario desvarío; y si entónces no procuramos vindicár la verdad, se aumenta con el triunfo la osadía del novador; si encuentra defensores, se irrita su audacia con los obstáculos, teme confesar sus faltas, y se obstina en el mal, creyendo fuerza de carácter lo que no es mas que debilidad. Un error produce otro error, y un abismo precipita á otro abismo, como dicen los libros santos; y lo que al principio solo era en el cielo un punto oscuro, llega luego á ser una nube densa que arroja rayos y centellas. No hay que esperar atraer á estos espíritus atrevidos por las máximas de una razon sana y moderada, ni hacerlos ceder á la fuerza de la autoridad, ni contenerlos por el temor de un trastorno general en el mundo religioso y político: nada se adelantaria contra su orgullo indomable, y por cada Fenelon dócil se encontrarán cien rebeldes. Hay con efecto entendimientos poseidos de un orgullo diabólico que abrasarian todo el mundo porque prevalecieran sus opiniones. Leibnitz nos dice en alguna parte que ha conocido algunos de este carácter, y nosotros experimentamos la verdad que dijo.

Debo en fin, señores, descubrirlos la última fuente de los extravíos del corazon, y por consiguiente del entendimiento. Hay una passion dulce en la apariencia y cruel en la realidad, que se insinúa en el alma por todos los sentidos, y la lisonjea para tiranizarla; que embriaga á sus adoradores sin contentarlos, y hace pagar con grandes amarguras los cortos placeres que proporciona: una passion celebrada en los teatros y en las novelas, objeto de los poetas mas serios, como de los mas frívolos, y que representan continuamente el mármol y el lienzo: passion que para seducir toma todas las formas, mostrándose algunas veces bajo del exterior mas descarado, y adornándose otras hasta con el velo de la modestia. Hablo, señores, de aquella inclinacion tan viva á cuanto lisonjea los sentidos, del amor del deleite y de los placeres sensuales. Su imperio es de tal naturaleza, que el mas bello triunfo del Evangelio es abatir sus altares; por ella principalmente reina la idolatría en las costumbres, y por ella parece que consentirian los hombres la destruccion de sus demas ídolos, con tal que se les permitiese quemar incienso en honor de este. Ella es el escollo de nuestro ministerio, y muchas veces cuando la censuramos hace la juventud como que no nos oye, porque nues-

tras palabras le parecen duras y bárbaras. ¿Pero dejaremos por eso de combatirla, de manifestar sus peligros, y señalarla como una de las causas de nuestros errores?

Los paganos mismos se han lamentado de sus funestos frutos: dígalos Ciceron, que respondiendo á la reconvencion que se podia hacer á la vejez de ser inhábil para los placeres, exclama (1): „Oh feliz privilegio de nuestra edad, „que nos liberta de lo mas vicioso que hay en „la juventud. Escuchad, jóvenes sencillos, un „antiguo discurso de Architas de Tarento, uno „de los primeros y mas grandes varones de su „tiempo: no hay en la naturaleza, decia, pasion „mas funesta al hombre que la sensualidad; no „hay placer á que se arroje con mayor ímpetu „y frenesí; él ocasiona las traiciones á la patria, „el trastorno de los estados, las inteligencias „criminales con el enemigo; no hay delito á que „no excite tan funesta pasion que, enemiga de „la razon, corrompe el juicio, ofusca los ojos „del entendimiento, y no puede aliarse con la „virtud.”

¿Y una pasion que desordena de tal modo todas las facultades del alma, dejará de ser un grande obstáculo para conocer la verdad, para

(1) *De Senectute*, cap. XII.

tomar aficion á ella y confesar altamente sus severas máximas? La voz de la sabiduría difícilmente se deja oír en la embriaguez y en el tumulto de los placeres; la imaginacion del voluptuoso pinta y hermosea hasta lo mas criminal, todo lo desnaturaliza, y altera hasta los nombres: el libertinage se llama inclinacion, el discurso licencioso, chanza, y la perseverancia en una pasion loca, heroica fidelidad. El entendimiento en fin justifica cuanto agrada al corazon, y cuanto ama es á sus ojos, santo y legitimo, como dice San Agustin, *quodcumque placet, sanctum est.*

Acábo, señores, de hablar de una multitud de cosas en el discurso de esta discusion, de la que cada uno podrá aplicarse lo que le convenga. Acaso mas de uno saldrá de ella dispuesto á dejar ciertas opiniones de independencia cómoda, cuyas causas no habia llegado á descifrar hasta ahora, á ser mas detenido en sus investigaciones, y ménos precipitado en sus juicios. ¿Y quién sabe si la Providencia, que oculta sus vias misteriosas bajo del velo de los medios humanos, se servirá de este discurso para con algun jóven cuya alma luche todavia entre la verdad que le ilumina y el placer que le atrae? Agustin solo tenia diez y nueve años cuando leyó por primera vez una obra de Ciceron que

no existe ya, y cuyo título era *Hortensius*, y se reducía á una exhortacion á favor de la sabiduría. El mismo nos dice (1) que esta lectura cambió sus afecciones, le inspiró otros pensamientos y un vehemente deseo de conocer esta sabiduría inmortal; y esto fué como depositar en un corazón lleno de rectitud un gérmen que, desenvuelto despues por el auxilio divino, debia producir algun dia frutos tan preciosos y tan abundantes. ¿Y por qué no tendrá sobre nosotros la verdad el mismo imperio? Es antigua, pero no vieja, y es eterna como el mismo Dios de quien procede. Si brilla ante vosotros, no desvieis de ella vuestros ojos, no huyais si os busca; si quiere triunfar es para vuestra felicidad; es vergonzoso resistirle, y glorioso ser vencido por ella; maestros hábiles os dirigirán en la carrera de las letras y de las ciencias, y si en esta materia no se entibia vuestro ardor para conocer la verdad, ¿no le tendréis igualmente para buscarla en las cosas morales y religiosas que son el fundamento de todas las virtudes? Decirla es nuestro deber, y el vuestro escucharla. Escrito está *que los labios del sacerdote serán depositarios de la ciencia, y que en sus discursos se han de buscar la regla y la ley*. Desgraciado de mí si

(1) *Conf. lib. III, cap. IV.*

la revistiese de un rigor que no tiene; pero tampoco tendré la débil condescendencia de disimular sus derechos y su severidad. Es fácil, señores, amar la verdad cuando nos lisonjea ó nos instruye sin imponernos deberes; pero sepamos amarla tambien aun cuando nos condena, y no esten de acuerdo con ella nuestras inclinaciones. Venid, pues, á oirnos con un amor sincero de la verdad, con el deseo de rendiros á sus impresiones, con valor para seguirla y llevar su yugo, aunque parezca ménos dulce á la naturaleza; venid pues aquí con tan felices disposiciones de entendimiento y de corazón; os ilustraréis y os haréis mejores, y nosotros tendremos el consuelo de experimentar que no en vano se ha llamado esta cátedra la cátedra de la verdad.